

PALABRAS PRONUNCIADAS, EN REPRESENTACION DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, MIGUEL DE LA MADRID, POR EL SUBSECRETARIO DE PLANEACION Y ASUNTOS CULTURALES DE LA SECRETARIA DE RELACIONES EXTERIORES, RICARDO VALERO, EN LA CONMEMORACION DEL 168 ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL GENERAL. JOSE MARIA MORELOS Y PAVON

El 22 de diciembre de 1815, quizás ajeno a la honda repercusión histórica de su destino personal, un hombre hacía frente, aquí mismo, a un pelotón de fusilamiento y a su propia conciencia. Es muy posible que aquel día, mientras le vendaban los ojos, el viento seco del altiplano le trajera alguna evocación de otros tiempos, cuando en Valladolid conversaba largamente con el cura Hidalgo, su antiguo maestro y rector del Colegio de San Nicolás. Es probable, también, que al tener cubierta la vista, hubiera deseado percibir, por última vez, la calidad de la luz y la transparencia de aquella tarde en que habría de morir.

Para muchos, el hombre que aguardaba hincado, rezando en voz baja, constituía una leyenda viva. Otros, en cambio, lo identificaban como un enemigo real y peligroso. Algunos más entendían que ese clérigo de cincuenta años de edad, llamado José María Morelos y Pavón, era el más alto exponente de la lucha de un pueblo entero por la libertad y su sacrificio representaba un golpe contundente contra la insurgencia.

Cerca de las tres de la tarde, mientras oía a los fusileros preparar la primera descarga, Morelos pudo haber hallado, tras los días de prisión y fatiga, un punto de reposo y recordar, en un instante abarcador, el viaje que emprendió de Carácuaro a Valladolid para imponerse de los motivos que impulsaban a los rebeldes en su empresa emancipadora. Tal vez un segundo movimiento del pelotón, le hizo reconocer los sonidos de las armas, tan familiares a su oído, y traer a su memoria la imagen de los preparativos militares que vio en Charo, cuando encontró a Miguel Hidalgo y se unió a su causa. Algo, de pronto, lo devolvió a su realidad: la voz estentórea de ¡fuego! rasgaba sus remembranzas y un súbito temblor del aire lo ponía de cara a la muerte.

Si en ese momento pudiera haber echado marcha atrás y revivir los acontecimientos ¿qué vería?

Todo empezó en Indaparapeo, en noviembre de 1810, cuando el propio iniciador de la Revolución de Independencia le indicaba: "Por el presente comisiono en toda forma a mi lugarteniente el Brigadier D. José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado". Volvió a su curato y con veinticinco hombres mal armados se dirigió a Zacatula, a Petatlán, a Tecpan, a Zanjón, a Coyuca y, al llegar a Aguacatillo, sus tropas sumaban la cantidad de treinta mil efectivos. A los ojos del ejército realista, era evidente su extraordinaria capacidad organizadora y los recursos, poco comunes, de una concepción militar difícil de contrarrestar con el mero empleo de las armas.

Se precipitó así un período de continuos combates que, en un año, hicieron crecer la importancia de Morelos pero, sobre todo, delinearon su imagen y personalidad. Su marcha por los confines de un país áspero y duro se fue transformando en una saga heroica. El pueblo que lo seguía y quienes desde lejos escuchaban los ecos de su marcha lo veían, a la vez, encarnar el prestigio de la invencibilidad y la difícil sencillez de la grandeza política. Por un lado aparecía, en una mezcla de asombro y fervor, como adalid militar. Por otro, atraía y canalizaba las aspiraciones de una nación que, bajo el influjo de su pensamiento y de sus acciones, empezaba a articularse y a cobrar vida.

Cada vez con mayor claridad, su destino se identificaba con la causa que abrazaba aquella multitud enorme que era su América mexicana. La nación se iba gestando a su lado, la observaba crecer y combinarse en un mestizaje de profundas raíces y la escuchaba hablar con las múltiples vo-

ces de su diversidad. México empezaba a abrirse paso en su propia conciencia y se confundía en la vocación para la vida que era la única forma de esclavitud que Morelos aceptaba: ser siervo de la nación.

El país era no sólo un haz de concepciones sino, especialmente, una realidad compleja, diversificada y contradictoria que buscaba su sentido en el mundo. No podría decirse, desde luego, que sin Morelos nada se explica, pero sí que la nación está ligada, en íntimos vínculos, con la existencia misma del primer caudillo del Sur.

Un hombre por sí solo no es capaz de edificar la historia de un país. Sin embargo, en la presencia de Morelos es posible encontrar lo más parecido al genio creador por excelencia. En José María Morelos confluyen las vertientes de la inteligencia y se decanta el arquetipo del pensamiento capaz de conducir, con la llamada del talento, la realidad social en una dirección predeterminada.

Los pueblos son los verdaderos artífices de la historia. No existe verdad política ajena a ellos ni potestad por encima de su soberanía. La nación es un pueblo en movimiento en perpetuo cambio y en constante perfeccionamiento. No es extraño, por ello, que suela aparecer ante nosotros un Morelos que da la impresión de multiplicarse en cada faceta que suscita. Es la representación de la dinámica del pueblo y, de modo simultáneo, su elemento de cohesión. Razón, cambio y unidad son factores que definen su importancia en nuestra vida nacional y, sin duda, los que determinan su vigencia y la amplia variedad de resonancias de su acción histórica.

Todo cuanto emprende Morelos lo lleva a buen fin. Va de las campañas militares a las del pensamiento político y a las de la organización constitucional prácticamente sin solución de continuidad. No se advierten fisuras en las esferas diversas de su quehacer. En él está la pasión creadora del movimiento emancipador y es el precursor de la construcción de la nación mexicana. Con Morelos se produce el primer germen vital de la organización, del ser y de las expectativas de nuestro país.

Dedicó los últimos cinco años de su vida a una tarea cuya realización debió parecer, en su tiempo, inalcanzable. En ese lapso tan breve consiguió la conversión de las fuerzas informes de la guerra en una voluntad ordenada de acción militar, política y social. La consecución del propósito representaba la vía ineludible para lograr la independencia y, con ella, estimular el proceso de creación de un

país que, en sus propias potencialidades, debía encontrar la razón íntima de su especificidad.

Morelos funda en su fuerza militar el instrumento privilegiado de un poder civil de vastas proporciones. Concibe un modelo de vida para la nación que, por primera vez en su historia, aparece como un proyecto cabal, donde se expresan su estructura y funcionamiento y sobre todo, sus aspiraciones y anhelos. Cauce social y profunda experiencia histórica perfilan el espíritu de ese país que buscaba su propio rostro y su lugar particular en la perspectiva de entonces.

En el Congreso de Anáhuac y, sobre todo, en la Constitución de Apatzingán del 22 de octubre de 1814, alienta la fe de Morelos por hacer de México un Estado de derecho, en que se expresara la soberanía del pueblo en su rico caudal de autonomía política y su voluntad de justicia y articulación social.

El decreto constitucional da paso a la manifestación de una filosofía política de profunda originalidad. De una parte, encauza inquietudes de participación popular y, de otra, ofrece mecanismos innovadores para la realización de una vida democrática basada en principios, organización estatal y normas jurídicas.

En este orden de ideas, su tránsito a través de la historia de México cubre una importante etapa y se prolonga más allá de sus propios límites humanos. No es hipérbole afirmar que la vida constitucional de nuestro país no se entiende sin su pensamiento. En José María Morelos se encuentra un origen que da continuidad y que ofrece legitimación y autenticidad al Estado mexicano de nuestros días.

Mudan los pueblos en el tiempo y hacen girar a las naciones sobre el eje de su propia identidad. Para nosotros, el proceso de integración nacional es hoy una realidad aún imperfecta pero incontable. No siempre fue así. En los años de la lucha por la independencia, sólo una mente excepcionalmente lúcida podía entender en plenitud esta verdad ahora de aceptación general. Un atisbo a la obra política de Morelos lleva a la conclusión de que su proyecto no se agota en las reglas generales del comportamiento de una sociedad. Se proyecta, más bien, hacia la articulación de una forma de ser que constituye, en sí misma, una explicación particular del mundo y un conjunto de valores sustantivos de la comunidad en que se originan.

En los sentimientos de la nación hay una propuesta política y, de manera precisa, la expresión

de una cultura en que se combinan razón, sensibilidad, ideas, realidades y esperanzas. El pueblo y su identidad aparecen como protagonistas irrepetibles de la formación cultural que los define y que hace de la nación una experiencia distinta de las demás.

En Morelos está concentrado el genio del pueblo mexicano y su inteligencia creativa se encuentra asociada a la configuración de nuestra nacionalidad. Recoge la voluntad popular de construir una sociedad igual y equitativa, en que la ley represente el equilibrio que modere opulencia e indigencia y, al mismo tiempo, se proyecte sobre su época y trascienda las que le siguen. Mucho deben el proyecto liberal de la generación de la Reforma y Juárez mismo a la clarividencia de Morelos.

Son abundantes las muestras de su vigencia a lo largo del siglo XIX. La influencia de sus ideas está presente en la creación de la República representativa, federal y democrática, como forma de gobierno, a las garantías del individuo y a la secularización del Estado. Frente a la centralización y el conservadurismo, la figura de Morelos supera falsas dicotomías y se convierte en eje de la acción política de quienes buscaban la construcción de un país que englobara las aspiraciones auténticamente nacionales.

Se vislumbra en Morelos un nacionalismo que es cambio permanente y vocación revolucionaria. En los sentimientos de la nación, recoge y postula un principio esencial de la vida interna e internacional de los Estados: La capacidad soberana de cada pueblo para determinar su propio régimen de vida política, económica y social.

Son varios los elementos fundamentales del concepto de soberanía que, en su tiempo, debió poseer extraordinaria complejidad. El primero se desprende de la definición inicial en el ámbito interno del Estado y se traduce en el germen de una proposición más amplia que podría considerarse como la fundación de la doctrina internacional de México.

Un segundo elemento que contiene la filosofía política de Morelos, es el relativo a la búsqueda de un equilibrio y de una sustentación interna para las acciones que el Estado emprende fuera de sus fronteras. Aunque en diversas épocas, y a partir de trágicos episodios, otros gobiernos mexicanos aprendieron la lección histórica. Fue Juárez quien llevo a sus últimas consecuencias la necesaria e inseparable relación entre las esferas interna e internacional del país.

Finalmente, y no por ello menos importante, se advierte un tercer elemento de profunda significación: los Estados proyectan al exterior la totalidad de lo que son y la singularidad que los define. El genuino nacionalismo es una expresión de la cultura de un pueblo, de modo que nuestra política exterior no puede ser sino resultado de un proceso en el que la nación involucra principios, intereses, aspiraciones, viabilidad y solidaridades.

El influjo de Morelos se arraiga, así, en la conducta de nuestro país. La realidad específica de México y su itinerario político, en el que tan patente huella dejó, son parte inseparable de las acciones que han emprendido los sucesivos gobiernos de la nación. En el que encabeza el Presidente Miguel de la Madrid no sólo está presente la fuerza histórica de Morelos sino su voluntad de articular al Estado en un esquema homogéneo, que parta desde la raíz íntima del ser nacional y lo proyecte en forma coherente hacia el exterior.

Participación popular y planeación democrática forman una dualidad especialmente importante en la definición de la política exterior del gobierno de México. Con la primera, se procura una mayor base social a la toma de decisiones y, sobre todo, articularla con las expectativas nacionales. Con la segunda, se pretende dar a las acciones el peso político y estratégico que les corresponde en el cuadro de las necesidades y problemas más urgentes de la nación. Ya Morelos advertía que los debates innecesarios sólo conducen a la anulación del consenso y la unidad. Lo que importa, en rigor, es elegir bien el camino y servir a los intereses supremos de México.

La prioridad, sin duda, es la nación. Su seguridad está por encima de los designios parciales de grupo, tanto en lo interno como en lo externo. La doctrina internacional de México no lleva agua sino al molino del pueblo, que le ha dado fundamento y razón de ser. El Gobierno de la República ha refrendado y actualizado, en su dimensión contemporánea, el compromiso insoslayable de México con las mejores causas de la humanidad y las ha defendido con energía, renovada confianza y solidaridad.

Morelos es lección perdurable. Su capacidad de examinar el pasado con rigor sólo es comparable a su talento personal para avizorar con precisión el porvenir. Si la política exterior es producto histórico, también constituye conciencia del presente y del destino de la nación. Buscamos actuar sobre lo inmediato y encontrar soluciones que resuelvan nuestros problemas transitorios, pero no desdeña-

mos acciones destinadas a remover los obstáculos estructurales que se oponen al desarrollo de México. Nuestra diplomacia atiende, en coordinación con las estrategias del sistema nacional de planeación, los problemas de nuestro tiempo y los que derivan de la vida internacional del país.

La historia de los pueblos es irrepetible. No obstante, sus horizontes cercanos actúan sobre una realidad similar. Los tiempos de Morelos no son tan lejanos como podrían imaginar los menos advertidos. Nuevos peligros corren siempre tras otros riesgos superados. Nada hay más importante para México que su seguridad nacional. Es necesario subrayar, sin embargo, que no se trata de un concepto abstracto, neutral o desnaturalizado. Si en otros casos se invoca para ocultar proyectos de subordinación y expansionismo, en el nuestro corresponde puntualmente con la acción política del país, destacada a lo largo de su trayectoria histórica, para preservar su identidad e independencia, mantener la vigencia de sus ideales e intereses, dar garantía a su integridad territorial y consolidar el dominio inalienable de la nación sobre sus recursos.

Seguiremos insistiendo en que la mayor seguridad para todos los Estados se encuentra en la subordinación de sus intereses a un orden jurídico superior, que refleje la voluntad de la Comunidad Internacional de fincar sus relaciones sobre las bases de la convivencia, la cooperación y la solidaridad.

Este es el espíritu de conciliación y de diálogo con que México participa en el concierto de las naciones. Ahí donde más enconados se encuentran los conflictos internacionales, la voz de México llama a la paz y a la concordia. No hace otra cosa en Centroamérica y el Caribe, hogar de nuestros hermanos y lindero inmediato del país. La evolución de los acontecimientos en esta área no sólo implica una acción diplomática, firme y decidida, para propiciar la negociación. Demanda, asimismo, compromisos adicionales de la sociedad internacional para asegurar que los procesos de pacificación impulsen la voluntad de cada Estado y la comprometan en el fortalecimiento de la cooperación y el entendimiento.

México seguirá propiciando la instauración del diálogo como el instrumento adecuado para conducir las relaciones políticas en nuestro Hemisferio. Es el momento de convertir las disputas en ámbito de solidaridad y colaboración para nuestros pueblos. No debemos sacrificar, una vez más, la ocasión de dar respuesta, oportuna y eficaz, a

los problemas que enfrentamos. Es imperativo, en esta hora, reafirmar nuestra capacidad de autonomía, impulsar el cambio social con propósito deliberado de justicia, promover el desarrollo y la protección de los derechos humanos, así como intensificar los esfuerzos en favor de la consolidación y recuperación generalizada de la vida democrática en un espectro auténticamente pluralista.

Frente a la crisis de nuestro tiempo, México aporta su concurso en favor de la paz y la cooperación entre los pueblos. Está comprometido en la transformación de un orden internacional que sólo favorece a los favorecidos y prolonga y profundiza la desigualdad y la injusticia. El pueblo de México sí tiene amigos y sus intereses son los mismos que defendió Morelos y que hoy, en distinto grado, se encuentran presentes en las aspiraciones democráticas, de liberación nacional y desarrollo equitativo de los pueblos de nuestra región.

Los problemas de la paz y de la guerra son indivisibles. Por eso, la diplomacia mexicana participa, con interés y responsabilidad, en los foros y organizaciones donde agrupan su voluntad política los Estados. La persistencia de una clara corriente internacional hacia formas más refinadas de hegemonismo debe propiciar una acción concertada que oponga barreras al avance de los poderosos y estimule un renacimiento de los genuinos valores de la convivencia. De manera especial, debe conducir a la concreción de pautas para el advenimiento de una civilización cuyas normas específicas constituyan el perfil de una cultura capaz de comunicar entre sí a las naciones. Morelos intuyó y encauzó los sentimientos de un pueblo y ni su tiempo ni su espacio histórico se han agotado. Las sociedades no son tan distantes como para suponer que sus esperanzas no pueden ser compartidas en una experiencia común que les dé forma y sentido.

En una íntima vinculación con la resolución de los fenómenos ligados a la crisis, es fundamental para nuestro país apoyar el impulso creador del pueblo mexicano y alentar la configuración de su entorno cultural. No es permisible posponer las opciones en este campo porque es ahí donde radican las soluciones que buscamos para resolver las grandes cuestiones que nos preocupan.

La encrucijada contemporánea no representa sino la declinación de los arquetipos del progreso lineal, en que se sustentaron falsas utopías y se construyeron formas renovadas y a veces sutiles de dominación y aun de exterminio. En el escepticismo generalizado de esos modelos asoma el

rostro de una cultura en que el hombre pareciera atrapado por la cancelación de sus expectativas. Representa una tarea de la mayor relevancia para el Gobierno de la República robustecer el proceso de la creación y la conformación cultural porque en él está inscrito el sentido de nuestra percepción del mundo.

En los signos ominosos de estos tiempos, el Gobierno del Presidente De la Madrid está empeñado en la búsqueda de respuestas que le permitan afirmar la identidad nacional como patrimonio imprescriptible. En la cultura de nuestro país radican los componentes esenciales que nos aseguran un lugar y un destino específicos y de ahí que tratemos de incrementar, con el impulso a la comunicación entre las naciones, su valor preponderante como instrumento liberador por excelencia.

Señoras y Señores:

Aquella tarde invernal de 1815, frente al pelotón de fusilamiento, es muy probable que Morelos sin-

tiera, como tantas otras veces, la proximidad vertiginosa de la muerte. Sin embargo, es casi seguro que supo, en ese instante final, que México sabría encontrar el camino hacia la independencia y las fórmulas para conjugar libertad y justicia. Tal vez tuvo tiempo, al escuchar la detonación de los fusiles, para pensar que no todo estaba perdido y que el pueblo que lo siguió en su peregrinación por vastas regiones de México no podría morir ni vivir encadenado.

Hoy sabemos que Morelos tenía razón. Siempre vivo y siempre presente, su pueblo sigue siendo el verdadero heredero ideológico de su obra. Ese pueblo sabrá sortear nuevos peligros y llevar a la nación, con talento y perseverancia, por los caminos de una firme definición de su destino y por las anchas vías de una mejor y más sólida comunicación con los otros pueblos de la Tierra.

Ecatepec, Estado de México,
diciembre 22 de 1983